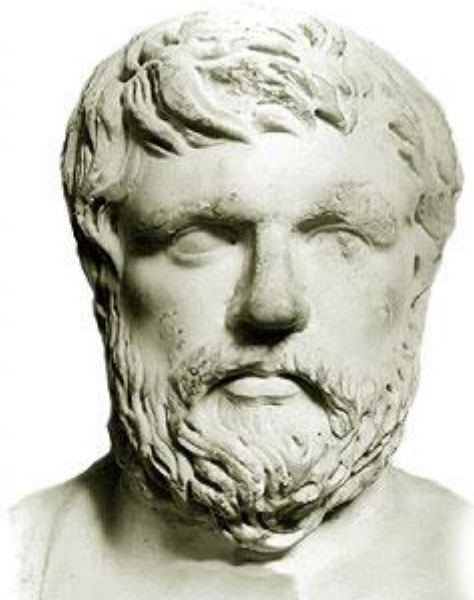


# LISIAS



- *Discurso de defensa por el asesinato de Eratóstenes*
  - *A favor del inválido*
- *Discurso fúnebre a favor de los aliados corintios*

# Lisias

*Discurso de defensa por el asesinato de Eratóstenes*  
(Traducción de Carlos Viloria)

Estimaría mucho, ciudadanos<sup>1</sup>, que fuerais para mí en este asunto los jueces que seríais para vosotros mismos si hubierais tenido semejante experiencia. Y es que sé muy bien que si tuvierais con los demás el mismo criterio que con vosotros mismos, no habría nadie que no se encolerizara<sup>2</sup> por los hechos ocurridos. Todos estimaríais pequeño el castigo para quienes han tramado tales actos. Cosa que no se reconocería así solamente entre vosotros, sino en toda la Hélade<sup>3</sup>: éste es el único crimen por el cual los más débiles reciben la misma satisfacción que los más poderosos en democracias u oligarquías. El más villano obtiene la misma que el más noble. Hasta tal punto, ciudadanos, consideran todos los hombres que esta ofensa es la más terrible. Por consiguiente, pienso que todos vosotros tenéis el mismo criterio sobre la magnitud del castigo y que ninguno está en disposición tan desdeñosa como para pensar que los culpables de tales actos tienen que obtener el perdón o que son merecedores de un pequeño castigo.

Juzgo, ciudadanos, que mi obligación es, precisamente, demostrar que Eratóstenes cometió adulterio con mi mujer y que la corrompió; que deshonoró a mis hijos y me ultrajó a mí mismo invadiendo mi propia casa; que no teníamos él y yo ninguna clase de desavenencia, excepto ésta, ni lo he realizado por dinero -a fin de verme rico de pobre que era- ni por ganancia alguna como no sea la venganza que la ley me otorga<sup>4</sup>.

Os mostraré, por consiguiente, desde el principio todas mis circunstancias, sin omitir nada y diciendo la verdad. Ésta es la única salvación para mí, según creo: si consigo relataros absolutamente todos los sucesos.

Yo, atenienses, cuando decidí contraer matrimonio, y llevé mujer a mi casa, fue mi disposición durante casi todo el tiempo no atosigarla ni que tuviera excesiva libertad de hacer

---

<sup>1</sup> Son los miembros del jurado (otras veces llamados simplemente «atenienses»), constituido, en este caso, por los 51 éfetas sentados en el Delfinio. Algunos, sin embargo, creen que en esta época las causas de homicidio habían pasado ya a la jurisdicción ordinaria de los heliastas.

<sup>2</sup> Es un tópico común en la oratoria tanto pública como privada. Por muy llamativo que hoy nos parezca, el defensor, o acusador, según los casos, no oculta su odio e irritación contra la parte contraria, y, muy al contrario, busca por todos los medios provocarla en los jueces. Al jurado nunca se le pide ecuanimidad u objetividad, sino ira o piedad. Ello se basa en el carácter originariamente vindicativo de la justicia que nunca se perdió en Grecia. Al fin y al cabo el objetivo final de un juicio es la venganza.

<sup>3</sup> Esto es una generalización hiperbólica que interesa al acusado. No era así, desde luego, al menos en Cortina, cuyo célebre código establece un complejo sistema de compensación económica para los casos de adulterio: 100 estateras «si es cogido cometiendo adulterio en casa del padre, hermano o marido; si en otra, 50». También señala la ley que el adúltero puede ser retenido por el ofendido, el cual debe anunciar ante tres testigos que el adúltero ha de ser rescatado en cinco días, porque «si no es rescatado en cinco días por sus parientes, pueden hacer con él lo que quieran».

<sup>4</sup> Esta frase parece una *excusatio non petita*, pero, probablemente, se basa en la frecuencia con que se amañaba en Atenas un crimen pasional para ventilar cuentas pendientes entre los adversarios o para cobrar una indemnización.

lo que quisiera. La vigilaba cuanto me era posible y no dejaba de prestarle atención, como es natural. Pero cuando me nació un hijo ya confié en ella y puse en sus manos todas mis cosas, pensando que ésta era la mayor prueba de familiaridad. Pues bien, en los primeros tiempos, atenienses, era la mejor de todas: hábil y fiel guardiana de la despensa, todo lo administraba escrupulosamente. Pero cuando se me murió mi madre, cuya muerte fue la culpable de todas mis miserias <sup>5</sup> pues mi mujer fue a acompañarla en su entierro y fue vista en la comitiva fúnebre por este hombre, y se dejó corromper con el tiempo<sup>6</sup>. En efecto, él esperaba a la esclava que solía ir al mercado y, dándole conversación, consiguió perderla.

Bien, para empezar, ciudadanos, pues esto también tengo que decíroslo, poseo una casita de dos plantas iguales por la parte del gineceo y del androceo<sup>7</sup>. Cuando nos nació el niño, lo amamantaba la madre. Y, a fin de que ésta no corriera peligro bajando por la escalera cuando hubiera que lavarlo, vivía yo arriba y las mujeres abajo. Era ya algo tan habitual, que muchas veces mi mujer bajaba a dormir junto al niño para darle el pecho y para que no llorara.

Durante mucho tiempo iban así las cosas y yo jamás sospeché. Al contrario, tan inocente estaba yo, que pensaba que mi mujer era la más discreta de toda Atenas. Pasado un tiempo, ciudadanos, me presento un día inesperadamente del campo; después de la cena chillaba el niño y alborotaba, importunado a propósito por la esclava para que lo hiciera (y es que el hombre estaba dentro, que luego me enteré de todo.) Conque ordené a mi mujer que saliera a dar el pecho al niño para que dejara de llorar.

Al principio ella se negaba, como si estuviera complacida de verme llegar después de un tiempo. Y cuando, ya encolerizado, le ordené que se marchara, dijo: «*Sí, sí, para que tientes aquí a la "mozuela", que ya antes la has arrastrado estando ebrio.*» Me eché a reír, y ella se levantó y, alejándose, cerró la puerta simulando jugar, y echó la llave.

Yo que nada de esto imaginaba ni sospechaba nada, dormí a placer, llegado como estaba del campo. Y cuando ya se acercaba el día, se presentó ella y abrió la puerta. Al preguntarle yo por qué hacían ruido de noche las puertas, contestó que se había apagado el candil que estaba junto al niño y lo había vuelto a encender en casa de los vecinos. Yo me callé, pensando que era así. Sin embargo me pareció, ciudadanos, que tenía pintada la cara<sup>8</sup>, aunque su hermano no llevaba muerto todavía treinta días. Sin embargo, ni aun así dije palabra sobre el asunto y salí marchándome en silencio.

Ciudadanos, tras estos hechos pasó un tiempo, y yo me encontraba muy ignorante de mis propios males, cuando se me acercó una vieja esclava<sup>9</sup>, enviada por una mujer con la que aquel cometía adulterio, según oí después. Ésta se encontraba irritada y se consideraba ultrajada, porque ya no visitaba su casa con la misma frecuencia, y se puso al acecho hasta que descubrió cuál era el motivo.

Se acercó, pues, la esclava, que me había estado acechando cerca de mi casa, y me dijo: «*Eufileto, no vayas a pensar que vengo a ti por ninguna clase de enredo. Resulta que el hombre que te injuria tanto a ti como a tu mujer es enemigo nuestro. Conque te enterarás de*

---

<sup>5</sup> Hay una laguna en el texto. En todo caso, la laguna no puede ser muy extensa porque la frase siguiente es una frase explicativa perfectamente coherente con la anterior.

<sup>6</sup> Entre las escasas salidas del hogar que se le permitían a la mujer ateniense casada, una era a los entierros y otras ceremonias religiosas.

<sup>7</sup> Eufileto debe de ser un hombre relativamente acomodado. Posee una finca y varios esclavos; su casa es de dos plantas, lo que no es corriente. Lo normal es que sean de una sola planta en la que el gineceo está en la parte de atrás y el androceo delante.

<sup>8</sup> Gr. *epsimythiôsthai*, literalmente significa «pintada de albayalde o cerusa» (carbonato de plomo de color blanco) que constituía el maquillaje habitual de las mujeres, e incluso se utilizaba para el pelo.

<sup>9</sup> Es el primer testimonio que tenemos en la literatura griega de una vieja Celestina, personaje sin duda existente en la Atenas de la época, pero curiosamente poco aprovechado por la comedia.

*todo, si coges a la sirvienta que os va al mercado y os hace los recados y la interrogas. Es, continuó, Eratóstenes quien lo hace. No sólo es el corruptor de tu mujer, sino de muchas otras. Ése es el oficio que tiene.»*

Diciendo esto, ciudadanos, se alejó y yo, al pronto, me quedé aturdido. Pero todo me vino a la cabeza y estaba lleno de sospechas: pensaba, de un lado, que había quedado yo cerrado con llave en la habitación y, además, recordaba que aquella noche hicieron ruido las puertas del patio y de la casa<sup>10</sup> -cosa que jamás había sucedido-y me había parecido que mi mujer tenía la cara pintada. Todo esto se me vino a la cabeza y me llené de suposiciones.

Llego a casa y ordeno a la sirvienta que me acompañe al mercado. Pero la conduje a casa de uno de mis amigos y le dije que estaba enterado de todo lo que sucedía en mi casa. Conque, *«puedes elegir -le dije- lo que prefieras: o caer en el molino molida a azotes y verte envuelta sin cesar en males parecidos, o, si me cuentas toda la verdad, no sufrir daño alguno y obtener mi perdón por tus yerros. No me mientas, dime toda la verdad».*

Aquella se negaba al principio y me invitaba a que le hiciera lo que quisiera, que no sabía nada. Pero, cuando le mencioné el nombre de Eratóstenes, añadiendo que era éste el que frecuentaba a mi esposa, se turbó pensando que conocía todos los detalles. Fue entonces cuando cayó ante mis rodillas, y aceptando de mí la seguridad de que no sufriría daño alguno, comenzó a incriminarle, en primer lugar, que se había acercado a ella después del entierro; posteriormente, que ella había terminado por pasarle el recado, y que aquella con el tiempo se había dejado persuadir.

También señaló de qué modo conseguía la entrada y cómo en las Tesmoforias<sup>11</sup>, mientras estaba yo en el campo, había acompañado al templo a la madre de aquél. En fin, me relató con detalle todo lo sucedido.

Cuando hubo quedado todo dicho, le repliqué: *«Cuidado, no vaya a enterarse de esto nadie en absoluto. O si no, no tendrá validez nada de lo que hemos acordado. Te pido que me lo enseñes todo en flagrante<sup>12</sup>; pues yo no preciso palabras, sino que se me muestre claro el hecho, si es que es así.»*

Ella se comprometió a hacerlo. Conque transcurrieron cuatro o cinco días después de esta conversación \*\*\*<sup>13</sup> como yo os demostraré con pruebas contundentes.

Pero primero quiero relataros lo sucedido el último día. Sóstrato es pariente y amigo mío. Me encontré con éste después de la puesta del sol, cuando venía del campo. Como yo sabía que si llegaba en ese momento no encontraría en casa a ninguno de sus parientes, lo invité a cenar conmigo. Llegamos a mi casa y subimos a cenar al piso de arriba. Cuando le pareció bien se retiró aquél para marcharse y yo me eché a dormir.

Y entonces entra Eratóstenes, ciudadanos, y la sirvienta me despierta enseguida y me comunica que está dentro. Entonces le dije a ésta que se ocupara de la puerta, y bajando en silencio salí y fui a casa de fulano y mengano. A unos los encontré en casa y otros me enteré de que no estaban en la ciudad. Llevé conmigo al mayor número que pude de cuantos se encontraban presentes y me puse en marcha.

---

<sup>10</sup> Gr. *métaulos*: es la puerta que hay «detrás del patio», es decir, la puerta de la casa propiamente dicha.

<sup>11</sup> Las Tesmoforias son unas fiestas de origen agrario, exclusivamente femeninas, en honor de Deméter Tesmófora. En Atenas se celebraban los días 11-13 del mes de Pianopsion (octubre-noviembre), y en cada uno de los tres días se desarrollaban ritos diferentes: el primero, las mujeres fabricaban lechos de ramas y se sentaban en el suelo; el segundo ayunaban y el tercero, que contenía el rito principal, mezclaban los trozos podridos de cerdo, que se habían enterrado en las Esciroforias, con las semillas de cereal que iban a sembrar.

<sup>12</sup> Según las leyes de Dracón y Solón, el sorprender en flagrante delito al adúltero era condición sine qua non para poder tomar venganza inmediata.

<sup>13</sup> Tal y como está, el texto es incongruente. Por ello, los editores sospechan con razón que hay una laguna, no muy extensa desde luego, en la transmisión.

Cogimos antorchas de la tienda más cercana y entramos, pues la puerta se encontraba abierta y la esclava dispuesta. Cuando empujamos la puerta del dormitorio, los primeros en entrar logramos verlo todavía acostado junto a mi mujer; los últimos le vieron en pie, desnudo sobre la cama.

Yo, ciudadanos, lo derribo de un puñetazo y, mientras llevaba sus brazos hacia atrás y lo ataba, le pregunté por qué me ultrajaba entrando en mi propia casa. Aquél admitió que me agraviaba y me pedía entre súplicas que no lo matara, que le pidiera dinero<sup>14</sup>. Yo le dije: «*No soy yo quien, te mata, sino la ley de Atenas que tú infringes. La has puesto por debajo de tus placeres, y has preferido cometer un enorme crimen contra mi mujer y mis hijos, en vez de someterte a las leyes y vivir decorosamente.*»

De esta forma, ciudadanos, recibió aquél exactamente lo que ordenan las leyes que reciban quienes obran así. No fue forzado a entrar desde la calle<sup>15</sup> ni se había refugiado junto al hogar<sup>16</sup>, como afirman éstos. ¿Pues cómo pudo hacerlo, si cayó herido instantáneamente en el dormitorio; si yo le retorcí los brazos hacia atrás; si había dentro tantos hombres que no pudo escapar de ellos, no teniendo hierro ni palo ni cosa alguna con que defenderse de los que entraban?

Es que, ciudadanos, pienso que también vosotros sabéis que quienes no obran justamente no reconocen que sus enemigos dicen verdad. Al contrario, son ellos quienes con sus mentiras y con tales procedimientos excitan la ira de los oyentes en contra de los que obran con justicia. Bien, lee la ley en primer término.

*(Ley)*

No discutía, ciudadanos, sino que reconocía su agravio y me rogaba y suplicaba no morir; y estaba dispuesto a compensarme con dinero. Pero yo no acepté la compensación y exigí que la ley del Estado impusiera su fuerza. En fin, me tomé el castigo que vosotros habéis impuesto a quienes cometen tales acciones por considerarlo el más justo. Conque subid a la tribuna mis testigos de estos hechos.

*(Testigos)*

Léeme ahora también la ley esta de la estela del Areópago.

*(Ley)*

Ya oís, ciudadanos, que el mismo tribunal del Areópago, a quien corresponde por tradición y al que se ha devuelto<sup>17</sup> en nuestros días la jurisdicción criminal, tiene expresamente

---

<sup>14</sup> La ley permitía iniciar un proceso público de adulterio o vejaciones, o uno privado por conducta violenta si era un caso de violación. Alternativamente, el ofendido podía aceptar una reparación pecuniaria del adúltero que, en época de Demóstenes, era de 30 minas.

<sup>15</sup> Según la ley, si alguien secuestra a otro en calidad de adúltero, este último podía presentar ante los tesmómetas acusación de haber sido secuestrado contra derecho. Esto es, precisamente, según se deduce de las palabras de Eufileto, lo que alegaban sus acusadores, no sabemos si con razón o sin ella.

<sup>16</sup> Probablemente, aunque no tenemos constancia de ello, la misma ley protegía al adúltero que se acogía al hogar, como lugar sagrado de la casa. De todas formas, el derecho de asilo era universal en Grecia, aunque había una gran tendencia a quebrantarlo.

<sup>17</sup> El Areópago nunca perdió la jurisdicción en casos de asesinato, aunque Efialtes redujo, en 456, sensiblemente, su gestión política. Por lo general, se admite que se está haciendo aquí referencia a un artículo del tratado de amnistía

decidido que no se condene por asesinato a quien se cobre tal venganza, si sorprende a un adúltero con su mujer<sup>18</sup>. Y con tanto énfasis ha considerado el legislador que ello es justo en el caso de las mujeres casadas, que incluso con las concubinas<sup>19</sup>, inferiores en estimación, ha impuesto la misma pena. Claro que es evidente que si tuviera un castigo mayor que éste para con las casadas, lo habría impuesto. Ahora bien, como no era capaz de encontrar uno más fuerte que éste para con aquéllas, exigió que fuera el mismo para con las concubinas. Léeme también esta ley.

(Ley)

Ya oís, ciudadanos: ordena que si alguien deshonrara con violencia a un hombre o muchacho libre, pague una indemnización doble<sup>20</sup>; y si a una mujer de aquellas por las que está permitido matar<sup>21</sup>, incurra en la misma pena. De esta forma, ciudadanos, considero merecedores de menor castigo a los violadores que a los seductores: a unos les impone la muerte, a los otros les señala una doble pena, por estimar que quienes actúan con violencia incurren en el odio de los violentados, mientras que los seductores de tal forma corrompen el alma, que hacen más suyas que de sus maridos a las mujeres ajenas; toda la casa viene a sus manos y resulta incierto de quién son los hijos, si de los maridos o de los adúlteros<sup>22</sup>. Razones por las cuales el legislador les impuso la muerte por castigo.

A mí, por consiguiente, ciudadanos, no sólo me absuelven del crimen las leyes, sino que incluso me ordenan tomar tal castigo. De vosotros depende si éstas han de ser soberanas o no valer nada.

Yo, desde luego, creo que todos los Estados imponen sus leyes con este fin: para que acudamos a ellas y consideremos qué habremos de hacer en los asuntos en que tenemos problemas. Ahora bien, éstas aconsejan que, en tales casos, los agraviados se tomen este castigo. Os ruego que tengáis el mismo criterio que ellas. Y es que si no, concederéis a los adúlteros tal libertad que incluso incitaréis a los ladrones a que digan que son adúlteros, porque sabrán que, si aducen tal culpa contra sí y afirman entrar en las casas ajenas con este fin, nadie les pondrá la mano encima. Todos sabrán, en efecto, que conviene decir adiós a las leyes sobre el adulterio y temer vuestro voto. Pues éste es el más válido en todos los asuntos de Atenas.

---

del 403 por el que, según ARISTÓTELES (Constitución de los atenienses 39, 5): «las penas por homicidio serían según las leyes tradicionales, si alguien había matado o herido a otro por su propia mano».

<sup>18</sup> Se refiere a una ley de Dracón: «si alguien mata (a otro)... con la esposa, madre, hermana, hija, o con una concubina a la que tiene con intención de engendrar hijos libres, que el homicida no sea sometido a juicio en estas condiciones». El sofisma consiste en que la ley admite que el homicida no sea llevado a juicio, no que «ordene cobrarse tal venganza».

<sup>19</sup> Aquí Eufiletto silencia la restricción: «con la que tiene intención de engendrar hijos libres», en interés de su argumentación. Las concubinas en Atenas no sólo no tenían una consideración negativa, sino que el concubinato era una forma de unión estable reconocida jurídicamente. Parece que incluso el Estado la favoreció durante la guerra del Peloponeso, debido a la escasez de ciudadanos.

<sup>20</sup> No está claro de qué debe ser doble. Si la indemnización era estimable en tiempos de Lisias, debe ser «doble de la estimada», aunque es difícil estimar pecuniariamente un daño exclusivamente moral. En caso contrario, quizá sea «doble de la que correspondería a una persona no libre».

<sup>21</sup> Es decir, solamente las que contempla la ley anteriormente citada —esposa, madre, hermana, hija y concubina con hijos libres—.

<sup>22</sup> Ésta es una interpretación subjetiva de la diferencia entre ambos supuestos, pero que, probablemente, complacía a un *dikasterion* formado por varones adultos atenienses. Sin embargo, la razón es, probablemente, que en el caso de violación se trata de una legislación más arcaica.

Pero considerad esto, ciudadanos: me acusan de que aquel día ordené a mi sirvienta que fuera en busca del jovenzuelo. Yo, ciudadanos, pensaría que obraba justamente, cualquiera que fuera el modo de sorprender a quien corrompía a mi mujer. Pues si le hubiera mandado a buscar por conversaciones habidas, pero no por actos realizados, habría incurrido en falta; pero si lo sorprendía, de cualquier modo que fuera, cuando ya todo estaba realizado y él había entrado en mi casa a menudo, pensaría que soy hombre recto<sup>23</sup>.

Pero ved que incluso aquí mienten. Y lo sabréis fácilmente por lo que sigue. Como antes dije, ciudadanos, Sóstrato, que es amigo mío y a quien yo trataba familiarmente, me encontró viniendo del campo a la puesta del sol y cenó conmigo. Y cuando le pareció bien, se retiró para marcharse.

Pues bien, considerad esto lo primero, ciudadanos: si aquella noche andaba yo maquinando contra Eratóstenes, ¿acaso no me habría sido más ventajoso cenar con aquel en otro lugar que hacerlo entrar en mi casa para cenar conmigo? Pues de esta forma el otro habría tenido menos valor para entrar en mi casa. En segundo lugar, ¿os parece que habría despedido a mi comensal y me habría quedado solo, en vez de invitarle a que se quedara para ayudarme a castigar al adúltero? Finalmente, ciudadanos, ¿no os parece que habría hecho mejor en avisar de día a mis parientes, e instarles a que se reunieran en la casa más próxima de mis amigos, en vez de andar corriendo por la noche tan pronto como me enteré, sin saber a quién iba a encontrar en casa y a quién fuera? Y es que me dirigí a casa de Harmodio y de algún otro que no se hallaban en la ciudad (pues no lo sabía), y a otros no los cogí en casa y marché con cuantos me fue posible tomar. Pues bien, si de verdad lo tenía previsto de antemano, ¿no os parece que habría preparado incluso a mis sirvientes y se lo habría comunicado a mis amigos para entrar yo mismo con el menor riesgo (¿pues qué sabía yo si aquél también tenía un arma?) y, además, para ejecutar mi venganza en compañía del mayor número de testigos? Pues bien, sin saber nada de lo que iba a suceder aquella noche, tomé a cuantos fui capaz. Subid mis testigos de estos hechos.

*(Testigos)*

Ya habéis oído a los testigos, ciudadanos. Investigad entre vosotros mismos sobre este asunto buscando si hubo, alguna vez, alguna clase de enemistad, salvo esto, entre Eratóstenes y yo. No encontraréis ninguna. Pues ni me interpuso denuncia de delación, ni intentó desterrarme de Atenas ni me ha puesto pleitos privados. Tampoco era mi cómplice en ningún delito, por temor a cuyo descubrimiento deseara yo matarlo ni, aunque lo hubiera llevado a cabo, esperaba recibir dinero alguno. Pues son circunstancias así por las que algunos buscan darse muerte uno a otro.

Tan lejos, pues, estábamos de tener agravios, altercados por ebriedad o disputa alguna, que ni siquiera había visto yo nunca a ese hombre salvo en la referida noche. ¿A santo de qué iba yo, entonces, a correr semejante riesgo<sup>24</sup>, si no hubiera recibido de él el mayor de los agravios? Además, ¿habría yo cometido un delito llamando personalmente a testigos cuando me era posible, si de verdad deseaba matarlo injustamente, que nadie fuera cómplice en el asunto?

---

<sup>23</sup> Esto es obviamente falso y podría denotar mala conciencia en Eufileto. Probablemente las circunstancias del crimen no eran tan claras como nos quiere hacer ver Eufileto, porque las «pruebas» que ofrece a continuación consisten en una larga serie de entimemas o argumentos basados en la probabilidad.

<sup>24</sup> La pena por homicidio premeditado, de lo que se acusa a Eufileto, consistía no sólo en la muerte, sino también en la confiscación de los bienes del acusado.

Por consiguiente, ciudadanos, considerad que ésta no es una venganza privada en mi propio beneficio, sino en el de todo el Estado. Pues quienes se disponen a realizar tales acciones, cuando vean qué recompensa les aguarda por tales crímenes, estarán menos inclinados a atentar contra los demás si ven que también vosotros tenéis la misma opinión.

De lo contrario, será mucho mejor borrar las leyes vigentes y promulgar otras que castiguen a quienes protegen a sus propias esposas y proporcionen gran impunidad a quienes desean cometer agravio contra ellas. Será mucho más justo de esta forma que el que los ciudadanos caigan en la trampa de unas leyes que ordenan que si alguien sorprende a un adúltero haga con él lo que quiera, mientras que los procesos son más terribles para los agraviados que para los que deshonran a las mujeres ajenas contra la ley. Y es que yo ahora estoy arriesgando mi vida, mis bienes y todo lo demás por haber obedecido las leyes del Estado.



# LISIAS

*A favor del inválido*

Consejeros, poco me falta para estarle agradecido a mi acusador por habernos proporcionado este proceso. En efecto, si antes no tenía un pretexto para dar cuenta de mi vida, ahora lo he recibido gracias a éste. Con que intentaré con mi discurso demostrar que éste miente y que la vida que ha vivido hasta el día de hoy es más merecedora de elogio que de resentimiento: no creo que éste me haya preparado este proceso por otra razón que por envidia.

Y sin embargo, ¿de qué clase de perversidad os parece que se mantendría alejado un individuo capaz de envidiar a quienes los demás compadecen? Porque si es por mi dinero por lo que me delata... miente, que por culpa de su maldad no lo he tenido jamás ni por amigo ni por enemigo.

Por tanto, consejeros, ya está claro que me envidia porque, pese a verme envuelto en una desgracia así, soy mejor ciudadano que él. Y es que yo creo que uno debe remediar las desgracias del cuerpo con los buenos hábitos del alma. Si voy a tener una disposición igual a mi desgracia ¿en qué me voy a distinguir de éste?

Pues bien, sobre ello básteme con dejar dicho esto; sobre lo que me concierne, hablaré lo más brevemente posible. Afirma el acusador que recibo injustamente el dinero del Estado; y ello porque soy capaz con el cuerpo -no pertenezco a los inválidos- y conozco un oficio como para poder vivir sin recibirlo.

Como prueba del vigor de mi cuerpo utiliza el hecho de que monto a caballo; y de los abundantes ingresos de mi oficio, el que puedo codearme con hombres que pueden gastar dinero. Pues bien, de los ingresos procedentes de mi oficio y del resto de mis medios de vida creo que estáis informados de qué clase son; sin embargo, os lo diré brevemente.

Mi padre nada me dejó y a mi madre hace dos años que he dejado de alimentarla porque murió; y no tengo hijos todavía que se cuiden de mí. Poseo un oficio que poco puede ayudarme, lo ejerzo ya con dificultades yo solo y no puedo conseguir a alguien que vaya a continuarlo. No tengo más ingresos que éste: si me lo quitáis correría el peligro de caer en el peor infortunio.

Por tanto, consejeros, cuando podéis salvarme con justicia, no me arruinéis injustamente; ni lo que me disteis cuando era más joven y vigoroso vayáis a quitármelo cuando soy más viejo y débil; ni quienes antes teníais fama de ser muy compasivos incluso con los que no tenían mal alguno, vayáis ahora por culpa de éste a tratar severamente a quienes son digamos de lástima incluso para sus enemigos; ni por atreveros a perjudicarme a mí, vayáis a sumir en el desánimo también a quienes se encuentran en situación parecida a la mía.

Y, es que sería extraño, consejeros, el que, cuando mi desgracia era simple, entonces se me viera recibir este dinero; y que, en cambio, me vea privado precisamente ahora que tengo encima a la vejez, las enfermedades y cuantas calamidades les acompañan.

Creo que el acusador podría mostraros mejor que nadie la magnitud de mi pobreza: si yo fuera nombrado corego para el concurso trágico y lo requiriese para un intercambio de

bienes, él preferiría diez veces ser corego antes que realizar el intercambio<sup>25</sup> una sola. Conque ¿cómo no va a ser terrible el que ahora me acuse de que puedo tratar en pie de igualdad con los más ricos debido a mi deshago económico, pero si sucediera algo de lo que digo me juzgaría tal como soy? ¿Hay algo más perverso?

Sobre mi habilidad con los caballos, que éste se ha atrevido a mencionar ante vosotros sin temor a la fortuna ni a vosotros, no hay mucho que decir. En efecto, consejeros, yo os digo que todos los que tienen una desgracia sólo buscan y cavilan sobre la manera de arreglárselas con la aficción que les ha tocado sufrir. Yo soy uno de ellos y, como ha caído en semejante infortunio, me he buscado este medio de facilitarme los viajes más largos que necesito hacer.

He aquí la mayor prueba, consejeros, de que es por mi desgracia y no por insolencia, como éste afirma, por lo que monto a caballo: si tuviera fortuna, montaría sobre silleta y no me subiría a caballos ajenos. Ahora bien, como no puedo adquirir semejante cosa, me veo obligado a servirme a menudo de caballos ajenos.

Y, claro ¿cómo no iba a ser extraño, consejeros, el hecho de que, si éste me viera cabalgando sobre silleta, no dijera nada (pues ¿qué podría decir?), y porque monto en caballos prestados intente persuadiros de que soy capaz? ¿Y el que, si éste me viera cabalgando sobre silleta, no dijera nada (pues, ¿qué podría decir?), y porque monto en caballos prestados intente persuadiros de que soy capaz? ¿Y el que no utilice como acusación el hecho de que uso dos bastones, cuando los demás usan uno, en la idea de que también esto es propio de los que son capaces y, en cambio, se sirva ante vosotros de que monto a caballo como prueba de que soy capaz? Porque yo me valgo de ambas cosas por la misma razón.

Tanto aventaja en desvergüenza a todos los demás hombres, que está intentando convenceros —él, que es uno, a vosotros, que sois tantos- de que yo no estoy entre los inválidos. Pero, claro, si convence de ello a alguno de vosotros, consejeros, ¿qué impide el que yo entre en el sorteo de los nueve arcontes, y que me arrebatéis el óbolo a mí, como sano, para votárselo todos a éste por compasión como lisiado? Porque, claro está, tratándose del mismo hombre, no ibais vosotros a quitarle su asignación por capaz y los tesmotetas<sup>26</sup> impedirle entrar en el sorteo por inválido.

Mas ni vosotros tenéis la misma opinión que éste, ni quien tenga sensatez. Viene él a disputar, como si mi desgracia fuera la de una heredera, e intenta convenceros de que no soy tal como todos me veis. Sin embargo vosotros- como es propio de hombres sensatos- confiad más en vuestros propios ojos que en las palabras de éste.

Dice que soy insolente y violento y que mi condición es de un extremo libertinaje, como si fuera a decir la verdad por poner nombres terribles y no fuera a hacerlo si habla con suavidad y sin mentir. Pero yo creo, consejeros, que vosotros debéis reconocer claramente a qué hombres les corresponde ser insolentes y a quiénes no les cuadra.

No es razonable que se conduzcan insolentemente los pobretones y los que están en condiciones de extrema indigencia, sino quienes poseen mucho más de lo necesario; ni quienes son inválidos de cuerpo sino los que tienen una gran confianza en sus propias fuerzas, ni hombres de edad ya proveya, sino los todavía jóvenes y dotados de talante juvenil.

Y es que los ricos pueden comprar con dinero el librarse, de los procesos, mientras que los pobres, debido a su pobreza, se ven obligados a conducirse con moderación. Y los jóvenes

---

<sup>25</sup> El intercambio, o *antídosis*, era un procedimiento legal por el que alguien a quien correspondía pagar un determinado impuesto señalaba a otra persona más rica para que lo pagara en su lugar.

<sup>26</sup> Tesmótetas, un tipo de magistrados.

exigen obtener comprensión por parte de los mayores, mientras que a los mayores los censuran por igual unos y otros si yerran.

Además, a los fuertes les es posible ultrajar a quienes les venga en gana sin que a ellos les pase nada, mientras que los débiles no pueden ni defenderse de los agresores cuando son ultrajados ni imponerse a los agredidos cuando ellos desean ultrajarlos. De manera que me parece que mi acusador habla en broma, que no en serio, sobre mi insolencia; y no porque quiera persuadirlos de que soy así, sino pretendiendo burlarse de mí como el que busca hacer una lindeza.

Y encima afirma también que conmigo se reúne un buen número de granujas que ya han gastado sus propios bienes e intrigan contra quienes pretenden preservar los suyos. Mas habéis de considerar todos que, en diciendo esto, no me acusa más a mí que a los otros que tienen un oficio; ni más los que entren en mi local que a los que los hacen en el de los otros artesanos.

En efecto, cada uno de vosotros acostumbra a hacer visitas: uno a la perfumería, otro a la peluquería, otro a la zapatería, otro a donde se tercié, la mayoría a los establecimientos más cercanos al mercado y muy pocos a los que se encuentran más alejados de éste. De manera que si alguno de vosotros culpa como malhechores los que entran en mi local, evidentemente también lo hace con quienes pasan el rato en los otros; y si también a éstos, a todos los atenienses, pues todos acostumbráis a hacer visitas y a pasar el rato en algún sitio.

Pero no sé qué necesidad tengo de molestaros defendiéndome con tanta minuciosidad de cada una de las cosas que se os han dicho. Pues si ya he hablado sobre las más importantes, ¿por qué tomarme en serio, lo mismo que éste, las más livianas? Consejeros, a todos os pido que tengáis sobre mí la misma opinión que en el pasado.

Por tanto, no vayáis a privarme, por culpa de éste, del único entre los bienes de la patria en el que la fortuna me ha concedido tomar parte; ni que éste, que es uno solo, vaya a convencerlos de que me arrebatais lo que hace tiempo me concedisteis todos por unanimidad. Y es que, consejeros, puesto que el destino nos ha privado de los mayores bienes, el Estado nos ha concedido este dinero por decreto pensando que sea igual para todos la fortuna tanto de lo malo como de lo bueno.

¿Pues cómo no iba yo a ser el más desgraciado si estuviera privado de lo más bello y mejor por mi desgracia, y se me arrebatare por culpa de mi acusador lo que me concedió el Estado por preocuparse de quienes están en mi condición? Consejeros, no depositéis de ninguna manera vuestro coto en ese sentido. Pues ¿por qué razón iba a encontraros yo así?

¿Acaso porque alguno ha perdido su patrimonio llevado alguna vez a juicio por causa mía? Nadie podría demostrarlo. ¿Acaso porque soy intrigante, arrogante o buscapleitos? Resulta que no cuento con semejantes medios de vida para semejantes acciones. ¿Acaso porque soy en exceso insolente y violento? Ni él mismo lo diría a menos que quisiera mentir también en esto lo mismo que en lo demás.

¿Acaso porque bajo los Treinta estuve en el poder y causé perjuicios a muchos ciudadanos? No, huí a Calcis con vuestro partido y, aunque me era posible seguir de ciudadano con ellos sin miedo, preferí marcharme y compartir los riesgos con vosotros.

Por tanto, consejeros, que yo, que ningún delito he cometido, no os encuentre en modo alguno como sois con los que han cometido muchos. Al contrario, depositad sobre mí el mismo voto que los demás Consejos recordando que no estoy dando cuenta de los dineros públicos por haberlos administrado, ni rindiendo cuentas por una magistratura que haya desempeñado, sino que estoy pronunciando mis palabras sólo por un óbolo.

De esta manera todos vosotros daréis un fallo justo; yo os estaré agradecido si lo consigo y éste aprenderá en el futuro a no intrigar contra los más débiles, sino a prevalecer sobre sus iguales.

# LISIAS

## *Discurso fúnebre a favor de los aliados corintios*

(Traducción de José Luis Calvo)

Asistentes a este funeral, si pensara que es posible revelar con palabras la virtud de los hombres que aquí yacen, podría censurar a quienes me han encomendado hablar con pocos días de plazo. Pero, como el tiempo todo no basta a ningún hombre para preparar un discurso que iguale las acciones de éstos, por esta razón creo que también la ciudad, velando por los que aquí hablan, realiza su encargo en un plazo corto. Piensan que de esta forma los oradores conseguirán mejor la benevolencia de los oyentes. Con todo, mi discurso versa sobre éstos, pero mi emulación no es con sus acciones, sino con quienes han hablado antes sobre ellas. Tal es la abundancia que ha proporcionado su virtud tanto para quienes pueden componer poemas como para quienes quieren hablar, que han sido ya muchos los elogios que han dicho los anteriores, y muchos los que han quedado por decir; suficientes para que, incluso los venideros, puedan hablar. Pues no hay tierra ni mar alguno que no hayan conocido; y en todas partes, y entre todos los hombres, quienes lloran su propia desgracia están cantando las virtudes de éstos.

Para empezar, pues, voy a relatar las antiguas empresas de los antepasados tomando su recuerdo de la tradición. Pues es justo que todo hombre haga mención de aquéllos, celebrándolos con sus cantos, hablando en los encomios de los valientes, honrándolos en ocasiones como ésta y educando a los vivos con las gestas de los ya muertos. En tiempos remotos las Amazonas eran hijas de Ares que habitaban el río Termodonte. Eran las únicas entre sus vecinos que tenían armadura de hierro y las primeras de todos en montar sobre los caballos, con los cuales inesperadamente, dada la inexperiencia de sus enemigos, alcanzaban a los que huían y dejaban atrás a sus perseguidores. Se las creía hombres por su arrojo antes que mujeres por su naturaleza, pues más parecían superar a los varones por su valor que irles en zaga por su forma.

Dominadoras de muchos pueblos, teniendo esclavizados a sus vecinos de hecho y habiendo oído, de palabra, una gran fama sobre nuestra tierra, tomaron consigo a los pueblos más belicosos y, con la enorme expectativa de una gran gloria, vinieron en campaña contra esta ciudad. Mas cuando dieron con hombres valerosos, el arrojo que poseían se igualó a su naturaleza y, recibiendo una fama contraria a la anterior, se las creyó mujeres más como consecuencia de sus desastrosas campañas que de sus cuerpos. Ellas fueron las únicas a quienes no les fue dado aprender de sus errores, para decidir mejor en el futuro, ni regresar a casa para anunciar su propia desventura y la virtud de nuestros antepasados: al perecer aquí mismo y pagar su insania, crearon una fama inmortal para nuestra ciudad por su virtud y, en cambio, por su fracaso de aquí borraron el nombre de su propia patria. Conque por un deseo injusto de la tierra ajena, perdieron con justicia la suya propia.

Cuando Adrasto y Polinice condujeron su ejército contra Tebas y fueron vencidos en combate, no les permitieron los cadmeos enterrar a sus muertos. Los atenienses, pensando que, si en algo habían delinquido aquéllos, ya tenían el mayor castigo con la muerte y que, además, los dioses de abajo no recibían lo suyo y los de arriba eran agraviados con la violación de lo sagrado, enviaron en principio mensajeros. Les instaron a que concedieran el levantamiento de los cadáveres, porque creían que es de hombres nobles tomar venganza, en

vida, de los enemigos, y es, en cambio, propio de quienes desconfían de sí mismos el mostrar valentía con los cadáveres. Mas, como no pudieran obtenerlo, marcharon contra aquéllos, no porque tuvieran antes litigio alguno con los cadmeos ni por congraciarse con los argivos que seguían vivos. Antes bien, por considerar justo que los muertos en la guerra obtuvieran lo que es ley, se arriesgaron contra un bando en favor de ambos: de unos, para que jamás volvieran a insolentarse con los dioses agraviando a los muertos; de otros, para que no regresaran a su tierra sin obtener [antes] los honores patrios, privados de la ley helénica y defraudados en la común esperanza.

Con esta intención y pensando que las vicisitudes de la guerra son comunes a todos los hombres, teniendo a muchos por enemigos y a la justicia por aliada, vencieron en el combate. Mas no se dejaron exaltar por la suerte para desear un mayor castigo de los cadmeos. Frente a la impiedad de aquéllos, mostraron su propia virtud, y recogiendo el premio por el que habían venido, los cadáveres de los argivos, los enterraron en su propia Eleusis. De esta manera, pues, se condujeron con los muertos de los Siete contra Tebas.

En tiempos posteriores, cuando Heracles desapareció de entre los hombres y sus hijos huían de Euristeo y los expulsaban todos los griegos —avergonzados, sí, por su comportamiento, pero temiendo el poderío de Euristeo—, llegados a este país, se sentaron como suplicantes junto a los altares. Como Euristeo los reclamara, los atenienses se negaron a entregarlos. Era mayor el respeto que sentían por la virtud de Heracles que el temor a su propio riesgo, y tenían en más combatir en favor de los débiles en unión de la justicia que entregar a los poderosos, por congraciarse con ellos, a quienes eran agraviados por éstos. Cuando Euristeo emprendió una expedición en alianza con los que entonces ocupaban el Peloponeso, los atenienses no cambiaron de opinión por encontrarse cerca del peligro, sino que mantuvieron la misma de antes, por más que ningún favor hubieran recibido en particular de su padre y no supieran cómo sería su talante cuando se hicieran hombres. Pero consideraban que ello era justo y, aunque en el pasado no habían tenido con Euristeo enemistad alguna ni tenían delante otra ganancia que la buena fama, asumieron tan grave riesgo por piedad hacia los agraviados y odio hacia los insolentes, tratando de poner coto a estos últimos y considerando justo auxiliar a los primeros: estimaban que es señal de libertad el no hacer nada a quienes no quieren; de justicia, socorrer a los agraviados, y de grandeza de ánimo, el morir si es preciso combatiendo por ambas virtudes.

Y tal era la arrogancia de ambos bandos, que los de Euristeo no pretendían obtener nada por las buenas, y los atenienses no habrían consentido entregar a sus suplicantes ni aunque el mismo Euristeo se lo hubiera suplicado en persona. Alineándose con sus propias fuerzas, vencieron en combate al ejército que venía de todo el Peloponeso y pusieron fuera de peligro los cuerpos de los Heraclidas, mientras que, al librarlos del miedo, liberaron también sus almas. Y, a causa de la virtud de su padre, concedieron a éstos la corona de su propio riesgo. ¡Hasta tal punto fueron en su niñez más afortunados que su padre! Éste, aunque causante de muchos bienes para toda la Humanidad, se impuso una vida de esfuerzos, de emulación y de ansias de gloria; castigó a otros delincuentes, pero de Euristeo, enemigo como era y con todo el daño que le había producido, no fue capaz de vengarse. Sus hijos, en cambio, gracias a esta ciudad, consiguieron en el mismo día contemplar su propia salvación y el castigo de sus enemigos.

Así pues, fueron muchas las ocasiones que tuvieron nuestros antepasados de combatir por la justicia con opinión unánime. Y es que los inicios de su historia fueron justos: no se reunieron de muchos lugares, como la mayoría, y expulsaron a otros para habitar su tierra. Al contrario, eran autóctonos y poseían la misma como madre y patria. Fueron también los primeros —y los únicos— en derrocar en aquella época a las oligarquías establecidas entre

ellos e instituir la democracia, porque consideraban que la libertad de todos constituye la mayor concordia. Y haciendo comunes las esperanzas surgidas de los momentos difíciles, se gobernaron con libertad de espíritu honrando a los buenos y castigando a los malos con el auxilio de la ley. Estimaban que escosa de animales el dominarse unos a otros por la fuerza, pero que corresponde a los hombres el determinar lo justo con la ley, persuadir con la palabra y servir a éstos con la acción, teniendo por soberano a la ley y por maestro a la palabra.

Es, pues, el caso, que con un natural noble y con una opinión concorde los antepasados de quienes aquí yacen llevaron a cabo muchas y admirables empresas. Pero también los que de ellos nacieron han dejado, gracias a su virtud, inmortales y grandes trofeos por todas partes. Pues sólo ellos se enfrentaron con riesgo a muchos millares de bárbaros en beneficio de toda Grecia. En efecto, el rey de Asia, que no se contentaba con los bienes que poseía, sino que esperaba también esclavizar a Europa, envió una expedición militar de 500.000 hombres. Con la idea de que si se ganaban la amistad de esta ciudad voluntariamente, o las sometían contra su voluntad, dominarían fácilmente a los demás griegos, desembarcaron en Maratón pensando que estarían completamente desprovistos de aliados si atacaban cuando la Hélade estaba todavía dividida sobre la forma en que había de rechazar a los invasores. Pero ésta era la opinión que aún tenían de esta ciudad como consecuencia de sus anteriores hazañas: que si marchaban primero contra otro Estado lucharían contra aquél y contra los atenienses (pues vendrían prestos en auxilio de los agraviados); en cambio, si llegaban aquí primero, ningún otro griego se atrevería, por salvar a otros, a granjearse con aquéllos una enemistad abierta por defenderlos. Esto es lo que aquéllos discurrían.

Nuestros antepasados, por el contrario, no sometiendo a raciocinio los riesgos de la guerra, sino pensando que una muerte gloriosa deja tras de sí una fama inmortal sobre las nobles acciones, no temieron el número de los enemigos; antes bien, confiaron en su propia virtud. Conque, avergonzados de que los bárbaros se hallaran en su tierra, no aguardaron a que los aliados se informaran y les prestaran ayuda, ni pensaron que debían agradecer a otros su salvación, sino los demás griegos a ellos. Siendo todos conscientes de ello, con un solo pensamiento se enfrentaron pocos contra muchos. Pues pensaban que la muerte les era común con todos los hombres, mientras que el ser valientes con unos pocos; y que, en razón de la muerte, la vida que tenemos es ajena, pero el recuerdo que dejan nuestras empresas es propio. Pensaban también que a los que no pudieran vencer solos tampoco podrían con aliados, y que si eran vencidos, perecerían poco antes que los demás, pero, si vencían, salvarían también a los otros.

Portáronse como valientes despreocupándose de sus cuerpos y no cuidándose de su vida en aras de la virtud. Y sintiendo más vergüenza ante sus propias leyes que temor ante el peligro de los enemigos, en defensa de la Hélade levantaron un trofeo ganado a los bárbaros que habían invadido la tierra ajena por mor de la ganancia, en las mismas fronteras de su tierra. Y tan rápidamente realizaron su hazaña, que los mismos mensajeros llevaron a los demás la noticia de la llegada de los bárbaros y de la victoria de nuestros antepasados. Cierto que ninguno sintió ya temor por un futuro peligro, sino que en recibéndola nueva se complacieron en su propia salvación. De modo que no es de extrañar que, sucedidos estos hechos hace tiempo, todavía ahora, como si fueran recientes, todos los hombres envidien su virtud. Después de esto, Jerjes el rey de Asia, menospreciando a la Hélade, frustrado en sus expectativas, deshonorado por lo sucedido, apesadumbrado por el infortunio, irritado con los culpables, no experimentado en la desgracia y desconocedor de hombres valerosos, llegó nueve años después con 1.200 naves. Tan inmenso era el número de infantes que conducía, que sería trabajo enorme enumerar los pueblos que le acompañaban. Y ésta es la mayor prueba de su número: aunque podía transportar a su infantería desde Asia a Europa en mil naves por lo más estrecho del Helesponto, renunció por estimar que el retraso iba a ser

grande.<sup>29</sup> Sin embargo, desdeñando a la naturaleza, las obras divinas y los pensamientos humanos, construyó un camino a través del mar y forzó la navegación por tierra uniendo el Helesponto y horadando el Atos sin que nadie se opusiera: unos obedecían involuntariamente y otros cedían de buena gana. Pues los unos no eran capaces de defenderse y los otros estaban corrompidos por dinero. Ambas cosas sirvieron para persuadirlos: la ganancia y el miedo.

Siendo ésta la disposición de Grecia, los atenienses embarcaron en sus naves y salieron a Artemisio para dar batalla, mientras que los lacedemonios y algunos de sus aliados salieron a su encuentro en las Termopilas, pensando que por la estrechez del terreno iban a ser capaces de defender el paso. Pero cuando llegó el momento del peligro por el mismo tiempo, los atenienses vencieron con las naves, mientras que los lacedemonios, no por ser inferiores en arrojo, sino por calcular erróneamente el número tanto de los que iban a defender como el de aquellos contra los que iban a enfrentarse, fueron destruidos. No resultaron inferiores a sus contrarios, sino que sucumbieron en el puesto en que se les había ordenado combatir.

De esta forma, fracasando los unos y dominando los otros la entrada, se pusieron los bárbaros en camino contra esta ciudad. Nuestros antepasados, una vez enterados del infortunio acontecido a los lacedemonios, se hallaban confusos por la situación que les rodeaba. Eran conscientes de que si hacían frente a los bárbaros por tierra, éstos iban a tomar una ciudad desierta atacándola con mil naves; y que si embarcaban en los trirremes, iban a ser sorprendidos por el ejército de tierra. Y es que no iban a poder defenderse y dejar al mismo tiempo una guarnición suficiente.

Como había dos alternativas —abandonar forzosamente la patria o, poniéndose del lado de los bárbaros, esclavizar a los griegos—, consideraron que la libertad acompañada de virtud, pobreza y exilio era preferible a la esclavitud de su patria con baldón y riqueza. Y abandonaron la ciudad en aras de la Hélade. Pretendían arriesgarse alternativamente frente a cada contingente y no frente a ambos a la vez. Evacuaron niños, mujeres y madres y los congregaron en Salamina junto con la escuadra de los aliados. No muchos días después se presentaron la infantería y la escuadra de los bárbaros y ¿quién, que la hubiera visto, no habría sentido temor por el grande y terrible peligro que la ciudad afrontaba por la libertad de los helenos?

¿Qué pensamientos albergaban ya sea quienes contemplaban a los de aquellas naves, insegura como era su propia salvación e inminente el peligro, o los que se aprestaban a combatir por sus seres queridos, por el trofeo de Salamina? Pues tan grande era la multitud de enemigos que los rodeaba por todas partes, que el menor de sus presentes males era presentir su propia muerte, y la mayor desgracia lo que pensaban que sufrirían los evacuados si los bárbaros tenían éxito. Por supuesto que, ante la presente desesperación, a menudo se abrazaban entre sí y se lamentaban, con razón, de sí mismos sabiendo que sus propias naves eran pocas; viendo que eran muchas las de los enemigos; sabiendo que su ciudad estaba desierta y su tierra devastada y llena de bárbaros, con los templos incendiados y toda suerte de peligros muy cerca; escuchando el peán de griegos y bárbaros fundido en uno solo, así como las consignas de ambos bandos y los gemidos de los que morían, repleto de muertos el mar y entrechocando numerosos restos de naves amigas y enemigas; en fin, como el combate fuera equilibrado durante mucho tiempo, creyendo unas veces que eran vencedores y estaban a salvo, y otras que eran vencidos y estaban perdidos. Claro que, por el miedo que tenían, creyeron ver mucho que no vieron y oír mucho que no oyeron. ¿Qué súplicas a los dioses o recordatorios de sus ofrendas no se hicieron? ¿Y la compasión por los hijos, la añoranza por las esposas, el lamento por padres y madres, y el cálculo de las desgracias que iban a acontecerles si fracasaban?



¿Qué dios no los habría compadecido por la magnitud del peligro, o qué hombre no los habría llorado, o quién no se habría asombrado de su audacia? Sí, en lo concerniente al valor aquéllos superaron a todos los hombres juntos en grado sumo, tanto por sus resoluciones como por los peligros del combate: abandonaron su ciudad y embarcaron en las naves poniendo frente a la multitud de Asia sus propias vidas, escasas como eran. Y demostraron a toda la Humanidad, con su victoria en el combate naval, que es preferible arriesgarse por la libertad en compañía de pocos, a hacerlo por la propia esclavitud en compañía de muchos sometidos a un rey. Muchas y hermosas cosas consiguieron aquéllos reunir por la libertad de los griegos: un estratega, Temístocles, el más capaz para hablar, decidir y ejecutar; un número de naves superior al de todos los aliados juntos, y a los hombres más experimentados. Y es que, ¿quiénes entre los demás griegos habrían rivalizado con éstos en juicio, número y valor? Conque con razón recibieron de Grecia un mando indiscutible en el combate naval; con razón cobraron una prosperidad acorde con el peligro, y a los bárbaros de Asia les demostraron que su propio valor era genuino y autóctono. Por consiguiente, al empeñarse de esta forma en el combate naval y al asumir la mayor parte del riesgo, consiguieron con su valor personal que la libertad fuera común también para los otros. Más tarde, cuando los peloponesios amurallaron el istmo, tanto porque se contentaban con la salvación como porque pensaban que se habían librado del peligro por mar y estaban resueltos a permitir que los demás griegos quedaran sometidos a los bárbaros, los atenienses les aconsejaron airados que rodearan con un muro todo el Peloponeso, si tal era su intención. Porque si, traicionados por los griegos, iban a estar ellos con los bárbaros, ni éstos necesitarían mil naves ni a aquéllos les serviría el muro del istmo. El poder marítimo del Rey iba a carecer de riesgos.

Recibieron la lección y, como pensaban que estaban obrando injustamente y que su resolución era errónea y que, en cambio, las palabras de los atenienses eran justas y su consejo excelente, acudieron a Platea. Abandonaron sus filas por la noche la mayoría de los aliados por la magnitud del enemigo; lacedemonios y tegeatas hicieron volver la espalda a los bárbaros, pero atenienses y plateos superaron a todos los griegos combatiendo a quienes habían renunciado a su libertad y aguardaban su esclavitud.

En aquella jornada añadieron la más hermosa culminación a los peligros anteriores: consiguieron asegurar la libertad para Europa dando prueba de su valor en todos los peligros, tanto solos como en compañía de otros; tanto en combate a pie como en combate naval; tanto frente a los bárbaros como frente a los griegos. Aquéllos en cuya compañía habían peligrado y aquellos contra los que habían combatido, todos, admitieron que eran los conductores de Grecia.

Un tiempo después, cuando surgió la Guerra Helénica por envidia de lo sucedido y resentimiento por lo logrado, cuando todos en general mostraban gran arrogancia aunque cada uno exigía mezquinas reclamaciones, los atenienses capturaron setenta naves en combate naval con los eginetas y sus aliados. Y como por aquel mismo tiempo estuvieran asediando Egipto y Egina —ausente la juventud en las naves y en la infantería—, los corintios y sus aliados, calculando que o bien invadirían un país desierto o harían volver de Egina al ejército, atacaron con todos sus efectivos y tomaron Gerania.

Ausentes los unos y cerca los otros, los atenienses no se resolvieron a hacer volver a ninguno. Confiando en sus propias vidas y despreciando a sus atacantes, los viejos y los que no estaban en la siega reclamaron hacer frente, sólo ellos, al peligro —unos porque el valor lo tenían adquirido por experiencia y otros por naturaleza; los unos porque ya se habían mostrado valientes en muchas ocasiones, los otros imitándolos—, los viejos porque sabían mandar, los jóvenes porque sabían ejecutar las órdenes. Así pues, con Mirónides por estratega fueron éstos quienes salieron a la Megáride para hacerles frente. Y vencieron, combatiendo, a

todas las fuerzas de aquéllos con la ayuda de los que ya estaban retirados y de los que todavía no tenían fuerzas. Salieron a un país ajeno para enfrentarse a quienes querían invadir el suyo propio, y levantaron trofeo por una hazaña para ellos la más hermosa, para los enemigos la más vergonzosa. Unos ya, y los otros todavía, no tenían fuerzas en sus cuerpos, pero en sus almas todos resultaron superiores y regresaron a su propia tierra con la gloria más hermosa: unos para seguir educándose, otros para deliberar sobre el futuro.

Pues bien, no es fácil que uno solo relate con detalle lo que muchos afrontaron, ni tampoco revelaren un solo día lo que fue ejecutado a lo largo del tiempo. Pues, ¿qué discurso, o tiempo, o qué orador sería capaz de descubrir la entereza de los hombres que aquí yacen?

En medio de los mayores esfuerzos, los más conspicuos combates y los más bellos peligros, hicieron libre a la Hélade y pusieron de manifiesto que su patria era la más grande: dominaron el mar durante setenta años y exhibieron una alianza sin defecciones, no exigiendo que la mayoría sirviera a la minoría, sino obligando a todos a tener igualdad; no debilitando a sus aliados, sino fortaleciendo también a éstos. En fin, el poder que demostraron fue de tal magnitud que el Gran Rey ya no volvió a ambicionar tierras ajenas, antes bien cedió parte de las suyas y sintió temor por el futuro: en aquel tiempo no llegaron de Asia trirremes ni se estableció entre los griegos tirano alguno ni fue esclavizada por los bárbaros ninguna ciudad helena. Tal fue la prudencia y el temor que su superioridad proporcionó a todos los pueblos. Por ello tenían que convertirse en patronos únicos de todos los helenos y dirigentes únicos de sus ciudades.

Mas, incluso en el infortunio, demostraron su excelencia. Pues cuando la flota fue destruida en el Helesponto, ya sea por ineptitud de los comandantes o por decisión de los dioses —y aquella desgracia fue de máxima importancia tanto para nosotros, los que la sufrimos, como para los demás griegos—, ello demostró no mucho después que el poder de nuestro Estado constituía la salvación de Grecia. En efecto, otros se alzaron con la hegemonía, y vencieron a los griegos en combate naval quienes antes nunca se habían adentrado en el mar; navegaron contra Europa; esclavizaron a las ciudades griegas, y se instalaron tiranos —unos después de nuestro descalabro y otros después de la victoria de los bárbaros—.

De modo que entonces habría sido el momento justo para que la Hélade se mesara los cabellos sobre esta tumba y llorara a los que aquí yacen, porque con la virtud de éstos se enterraba su libertad. Con que infortunada fue la Hélade al quedar huérfana de tales varones y afortunado, en cambio, el rey de Asia al recibir a otros dominadores. Pues sobre aquélla, privada de éstos, se instaló la esclavitud; y a éste, en cambio, dado el predominio de otros le sobrevino la emulación por los planes de sus antepasados. En lo que toca a esto, me he visto arrastrado a lamentarme por Grecia toda. Sin embargo, es digno recordar, en privado y en público, a aquéllos hombres que por huir de la esclavitud, combatir por la justicia y alzarse en favor de la democracia regresaron al Pireo teniendo a todos por enemigos. No los obligaba la ley, sino que los persuadió la naturaleza por imitar la antigua virtud de sus antepasados en peligros nuevos, y por conseguir con sus propias vidas una ciudad común también para los otros. Eligieron la muerte en libertad antes que la vida en esclavitud, porque no sentían menos vergüenza por su infortunio que cólera contra los enemigos; escogieron morir en su propia tierra antes que vivir en la ajena. Por aliados tenían juramentos y pactos, y por enemigos tanto a los que lo eran antes como a sus propios conciudadanos.

Con todo, sin temer a la multitud de sus enemigos y arriesgando sus propias vidas, alzaron un trofeo de los enemigos y, como testigos de su virtud, nos ofrecen las tumbas lacedemonias que se hallan contiguas a este monumento. Y lo que es más, mostraron un Estado fuerte en vez de débil, lo revelaron concorde en vez de discordes y levantaron muros en el lugar de los derribados. Los que regresaron manifestaron que sus propósitos eran hermanos

de las hazañas de los que aquí yacen: no se entregaron a la venganza del enemigo, sino a la salvación de la ciudad. Y como no podían tener menos ni pedían tener más, incluso a los que querían ser esclavos les hicieron partícipes de su libertad, aunque consideraron indigno participar ellos de su esclavitud.

Con sus extraordinarias y hermosísimas acciones demostraron que nuestro Estado no fracasó en el pasado por la cobardía propia ni por el valor de los enemigos: si, enfrentados entre sí y con la violenta presencia de peloponesios y demás enemigos, fueron capaces de regresar, es evidente que en concordia habrían podido vencerlos fácilmente. A aquéllos, pues, los envidian todos los hombres por los peligros del Pireo. Pero es justo elogiar también a los extranjeros que aquí yacen, quienes, auxiliando a nuestro pueblo y combatiendo por nuestra salvación, tomaron la virtud por patria poniendo a su vida semejante término. En recompensa, el Estado los ha honrado y enterrado a expensas públicas y les ha concedido para el futuro los mismos honores que a los ciudadanos.

Los que ahora reciben sepultura, aliados recientes de los corintios, acudieron en auxilio de éstos cuando recibían agravio de sus antiguos aliados. No tenían el mismo talante que los lacedemonios (pues éstos envidiaban su prosperidad, y los nuestros, en cambio, compadecían el agravio sin acordarse de su antigua enemistad y estimando en mucho su actual amistad) y dejaron clara ante los hombres su virtud. Pues por engrandecer a Grecia tuvieron fortaleza no sólo para arriesgar su salvación, sino incluso para sucumbir en aras de la libertad de sus enemigos: en efecto, luchaban contra los aliados de los lacedemonios para conseguir su libertad. Y es que si hubieran vencido a aquéllos, les habrían dado parte de lo mismo; pero al fracasar han fortalecido la esclavitud de las gentes del Peloponeso. En tal situación, para aquéllos la vida es lamentable y la muerte deseable; éstos, en cambio, son envidiables tanto vivos como muertos —educados desde niños en las virtudes de sus antepasados y, ya de hombres, conservando la gloria de aquéllos y manifestando su propia virtud—.

Son, por tanto, causantes de numerosos bienes para su patria: enderezaron lo que otros habían arruinado y alejaron la guerra de su tierra. Culminaron su vida como tienen que morir los valientes: ofrendando trofeos a su patria y dejando dolor a quienes los habían criado. Conque es justo que los vivos añoren a éstos y se duelan por sí mismos, y que compadezcan a sus allegados por la vida que les queda. Pues, ¿qué contento les resta ya, cuando están enterrados unos hombres que se privaron de vivir por estimar todo inferior a la virtud; que han dejado viudas a sus mujeres y huérfanos a sus hijos; que han puesto en soledad a hermanos, padres y madres?

Entre tantas cosas terribles, envidia a sus hijos porque son demasiado jóvenes para comprender de qué padres se han visto privados, mas compadezco a sus progenitores, porque son demasiado viejos para olvidar su infortunio. Pues, ¿qué habría más doloroso que engendrar, criar y enterrar a los suyos, y ser inválido de cuerpo en la vejez, y verse privados de toda esperanza y quedarse sin amigos y sin recursos; y verse ahora compadecidos por lo mismo que antes eran envidiados; y que la muerte les sea más deseable que la vida? Pues cuanto mejores eran los hombres, tanto mayor es el dolor para quienes sobreviven. ¿Cuándo deben renunciar a su dolor? ¿Acaso en los infortunios de su país? Pero es entonces cuando es lógico que los demás se acuerden de ellos. ¿Entonces en los éxitos comunes? Pero ello es suficiente para sentir dolor, cuando sus propios hijos han fallecido y los vivos se aprovechan de su virtud. ¿Acaso en sus propias situaciones difíciles, cuando vean que los antiguos amigos huyen de su pobreza y los enemigos se tornan arrogantes ante las desgracias de éstos?

Creo que sólo podríamos hacer este favor a quienes aquí yacen: si tenemos a sus padres en la misma estima que ellos los tuvieron; si acogemos a sus hijos lo mismo que ellos que eran sus padres; si a sus mujeres les prestamos la misma ayuda que aquéllos cuando

estaban vivos. Pues, ¿a quiénes podríamos honrar con más razón que a los que aquí yacen? ¿Y a quiénes entre los vivos podríamos estimar con mayor justicia que a los familiares de éstos? Gozaron igual que los demás de su virtud y, ahora que han muerto, son los únicos en participar genuinamente de su infortunio. Mas no sé por qué debo lamentar tales cosas. No se nos ocultaba que somos por completo mortales.

Conque, ¿a qué dolerse ahora de lo que esperábamos hace tiempo que nos pasara? ¿A qué llevar las desgracias naturales con tanto trabajo, si sabemos que la muerte es común a los mejores y a los peores? Pues ni perdona a los malos ni siente admiración por los buenos; a todos se presenta igual. Y es que si fuera posible la inmortalidad futura para quienes logran escapar de los peligros de la guerra, justo sería que los vivos lloraran toda la vida a los muertos. Ahora bien, nuestra naturaleza se rinde alas enfermedades y a la vejez, y el destino que nos ha tocado en suerte es implacable. Por ello conviene considerar muy afortunados a estos que han terminado así su vida arriesgándose por lo más grande y hermoso, no poniéndose en manos de la fortuna ni esperando que les llegara la muerte por sí sola, sino escogiendo la más hermosa. Sin duda su recuerdo no envejece y sus honores los envidian todos los hombres.

Pues son llorados como mortales en razón de su naturaleza, mas en razón de su virtud son cantados como inmortales. Y lo que es más, se los entierra a expensas públicas y se organizan por ellos competiciones de fuerza, destreza y riqueza, en la idea de que los que fenecen en combate merecen recibir los mismos honores que los inmortales.

Así pues, yo los felicito por su muerte y los envidio. Y considero que nacer es mejor sólo para aquellos hombres que, si bien han obtenido cuerpos mortales, dejan detrás un recuerdo inmortal de sí mismos gracias a su virtud. Sin embargo, es fuerza atenerse a las costumbres antiguas y guardando la ley patria llorar por los que reciben sepultura.